



El inducir,



aun sin aludirlo expresamente {ni haber tenido la más remota de las intenciones de hacer caer a nadie en uno de esos equívocos farragosos y no poco perversos — siguió, con la lectura, vocalizando correctamente y marcando las pausas aunque de forma maquinal, sin tener que poner en ello cuidado especial, tan habituada a dictar con la mente puesta en sus propios asuntos — que en más ocasiones de las deseables se prestan a interpretaciones erróneas}, al— una vez cerrados los corchetes y los botones de la blusa hasta el cuello — eventual lector a suponer que el mencionado conflicto ha de ser necesariamente de intereses compuestos y a largo plazo cuando (y debiera ello de resultar evidente) los intereses simples y a corto plazo son los que más suelen desasosegar, si no se ven satisfechos o cumplidos, a las criaturas impacientes que por culpa de sus cortas miras no reparan en que los designios del Altísimo no están trazados a la medida de los deseos, terrenales las más de las veces, que el común de los mortales pensantes —“que no sólo sintientes”, puntualizó, apartando su mirada del texto para posarla por un instante en Petronila, y en sus ojillos asustados, agazapada en el sofá — da en suponer que el ver satisfechos es lo que más felicidad va a reportarles.